

# Lo que sea de cada quien Dictamen sobre Carlos Montemayor

Vicente Leñero

—Te voy a decir algo —habló por fin Carlos Montemayor asombrosamente tranquilo—. Pídele a Julio, como si fuera cosa tuya, que me oiga cantar.

El primer libro de Carlos Montemayor se llamaba *Las llaves de Urgell*. Lo había escrito durante su beca en el Centro Mexicano de Escritores en 1968-1969; constaba de una colección de cuentos que entregó a Joaquín Díez-Canedo para su publicación en Joaquín Mortiz, la editorial en la que todos los jóvenes ambicionaban ser lanzados a la vida pública de la literatura; era prestigiosa, irrefutable: una garantía de calidad.

Montemayor no era en esos años un desconocido. Sus textos aparecían de vez en cuando en revistas culturales —*Revista de la Universidad*, *Diálogos*, *Revista de Bellas Artes*...—, y tenía fama de exquisito por la elegancia con que vestía, porque bebía whisky de doce años, porque se comportaba como un conocedor de los clásicos griegos y latinos. Era engolado; pedante, decían sus detractores.

Poco sabía yo de él y me sorprendió que Díez-Canedo me pidiera elaborar un dictamen del libro propuesto. Lo leí con desagrado. No me interesó. Sus cuentos tenían algo de borgianos y, para mi gusto, el autor exageraba su afán de ser hermético con una prosa que encabalgaba frases como titubeando, como si no diera con la expresión exacta y la adornara innecesariamente en aras de una falsa erudición, de una chocante poética. Quizá no me detuve lo necesario para valorar esa lírica ajena a mi gusto personal. Con un desplante imperativo, terminé mi dictamen del libro con un rotundo *No recomiendo su publicación*.

Díez-Canedo avaló mi juicio sin siquiera comentarlo conmigo ni con otro lector. Ignoro cuál pudo ser la reacción inmedia-

ta de Montemayor al enterarse del rechazo, pero de seguro fue pésima, como la de cualquiera: frustración, dolor, rabia. También como cualquiera no se cruzó de brazos y llevó su original a la editorial Siglo XXI cuando aún la dirigía Arnaldo Orfila. Lo aceptaron de inmediato. No sólo eso; para mi secreta descalificación *Las llaves de Urgell* fue premiado con el Xavier Villaurrutia en 1971.

Me sentí una chinche, un pésimo hacedor de dictámenes, un miserable lector abrumado por el consecuente sentimiento de culpa del que no podría aliviarme jamás. Menos cuando en 1991, veinte años después, leí *Guerra en el paraíso* que me entusiasmó de veras. Carlos Montemayor era otro. Había abandonado su literatura herméutica y adquirido, junto con una prosa exultante, de acentos corales, una valerosa conciencia social, política, que hacía de esa novela una obra épica contundente.

Con genuina admiración felicité a Carlos apenas lo encontré. Ya para entonces nos conocíamos personalmente gracias a mi relación con sus amigos chihuahuenses: Ignacio Solares, Víctor Hugo Rascón, José Fuentes Mares, Joaquín-Armando Chacón. También por su cercanía con Julio Scherer cuando éste lo llamó para colaborar en *Proceso*. Sabía de su afición a la ópera como estudioso tenor y estábamos a un tris de convertirnos en amigos.

Se presentó la ocasión en noviembre de 2008 durante la celebración del aniversario de nuestra revista. Una fiesta que reunía anualmente a trabajadores y amigos en el patio de las instalaciones, animada —esta vez— por un cuarteto de cuerdas.

Luego de la animada plática en el corrillo al que convocaba Julio, Carlos y yo habíamos quedado solos, bebiendo whisky y



Carlos Montemayor

chismeando sobre amigos y enemigos, cerca de donde tocaba el cuarteto de cuerdas. Entonces me decidí y le dije, envalentonado por el trago:

—Tengo que hacerte una confidencia, Carlos. ¿Te acuerdas que Díez-Canedo te rechazó, hace años, *Las llaves de Urgell*?

—De eso no quiero hablar.

—Pero sí te acuerdas.

—Era mi primer libro.

—Pues yo hice el dictamen, Carlos. Un dictamen negativo.

Se echó hacia atrás, de golpe, mientras alguien que cruzaba estuvo a punto de tropezarle el vaso de whisky.

Se le desorbitaron los ojos tras los lentes. No los apartaba de mí durante su prolongado silencio. Pensé que iba a arrojarme la bebida a la cara, que me lanzaría una palabrota o un puñetazo. Pero no. Lo que hizo fue sujetarme el antebrazo con su mano garra.

—Te voy a decir algo —habló por fin asombrosamente tranquilo—. Pídele a Julio, como si fuera cosa tuya, que me oiga cantar.

Minutos después, cuando huí de la fiesta sin despedirme de nadie, Carlos Montemayor cantaba a pleno pulmón *O soooole míooooo*, acompañado torpemente por el cuarteto de cuerdas que por supuesto no se sabía la partitura. **U**